

el puesto avanzado del regimiento toscano en la ermita de San Miguel, atacaba el campamento de Campduras; mientras Milans, seguido por Caldagués, llegaba con su gente, dividida en varias columnas, por el camino de Castellar de la Selva. Temiendo entonces Reille ser envuelto, abandonó la montaña, y retirándose por el camino de Francia, reconcentró sus tropas en Pontmayor con pérdida de 500 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el jefe de ingenieros Gardet. Nuestra pérdida ascendió á 150. Los españoles victoriosos no intentaron tomar á Pontmayor en lo que restó de aquel día, ni aun pensaron en enviar partidas á retaguardia de los franceses, habiendo tenido tiempo Reille para reparar á una legua detras de si un puente que los paisanos habian cortado por la mañana, sin tratar de ocuparlo despues. Duhesme por su parte quedó con sus tropas en el llano de Santa Eugenia, evitando con todo cuidado empeñarse en una accion general que podia serle funesta.



DERROTA DE LOS FRANCESES DELANTE DE GERONA.

Entretanto llegó la noche, y protegidos Reille y Duhesme por la oscuridad, retiráronse precipitadamente, quedando enteramente despejadas las cercanías de la ciudad al amanecer del 17. Los bravos de Clarós y de Bajet picaron la retaguardia del primero, siguiendo el activo Milans tras el segundo, á pesar de la órden de Caldagués, que careciendo de caballería se oponía á que se molestase al enemigo en su retirada. Duhesme se vió apuradísimo en los principios de esta, teniendo que transitar por un camino cortado y lleno de obstáculos, mientras las fragatas inglesas y los faluchos catalanes se aproximaban á la costa para acosarle á cañonazos. Previendo este y otros peligros si continuaba su ruta por aquel malhadado sendero, añadió al sacrificio que ya habia hecho de la artillería de sitio, el de cuatro piezas de campaña y el de otros cañones que le quedaban aun, haciéndolos enterrar cerca de Calella, donde quemó los tiros. Hecho esto, tomó el camino de la montaña por lo mas áspero y enriscado, á fin de evitar el fuego de la marina, consiguiendo al cabo de dos días de precipitada y angustiosa marcha restituirse á Barcelona. Tal fué el término desastrado de su segunda expedicion contra los heroicos gerundenses, no quedándole á fin de agosto otros puntos en su poder que los que ocho meses antes habia ocupado á traicion: la capital y el castillo de Figueras.

El pueblo de Gerona entretanto atribuía el verse libre á la proteccion especial de su patrono San Narciso, á quien en los últimos días del sitio habia proclamado generalísimo de mar y tierra en todo el corregimiento, sancionando el nombramiento la junta de aquella ciudad por medio de un decreto, cuya lectura y la de la proclama hecha á nombre del santo escitó no poco la burla de los franceses, y mas cuando supieron la pomposa ceremonia con que el día 15 de julio habian las autoridades y el pueblo adornado el cuerpo del nuevo general con su correspondiente banda y baston, ciñéndole una espada de oro. Hijo aquel acto ó no del fanatismo, el hecho fué que Duhesme no consiguió llevarse á Barcelona la cabeza del gefe que en sus zumbas llamaba fantástico y aéreo, y esto fué lo que entonces importaba. La junta suprema del Principado, residente á la sazón en Villafraña del Panadés, premió la bizarra defensa de Gerona con la concesion de un grado á todos los gefes y oficiales de su guarnicion, otorgando otras gracias que fueron despues confirmadas por la junta central en Sevilla. El conde de Caldagués, que tan oportuno socorro habia llevado á la plaza, fué promovido á mariscal de campo.

Mientras la suerte de las armas favorecia tan decididamente á los españoles en su primera campaña, realizábanse en Portugal acontecimientos tanto ó mas importantes, llenando de cuidado y zozobra al emperador, que por el sesgo que allí tomaban los negocios, conoció hasta qué punto podia ser funesto á su causa convertirse el territorio lusitano en principal teatro y punto de apoyo del poderio inglés declarado en su contra. Ya hemos visto en el capitulo VI los desaciertos con que Junot, representante en aquel punto de la politica napoleónica, y general en gefe de sus armas, habia hecho imposible, lo mismo que el emperador, toda avenencia con los habitantes. La desercion de las tropas españolas y el arresto de Quesnel en Oporto, facilitando el levantamiento de esta ciudad y la constitucion de su junta, habian hecho harto critica la posicion del general francés, privado repentinamente de un número considerable de fuerzas, y no siéndole posible con las que le quedaban apagar definitivamente en parte alguna el incendio de la insurreccion. Saqueado Beja, ocupado Leiria por Margaron, caido Nazaret en poder de las tropas francesas, y habiendo sido estas igualmente felices en otros puntos aislados, procuró Junot contener los progresos de aquel levantamiento adoptando medidas severas; pero ni esto ni el haber recurrido á la persuasion enviando diputados á las provincias á fin de calmarlas, produjo en Portugal el efecto que el general francés se prometia. Lisboa, asiento principal de las falanges imperiales, hallábase tambien en fermentacion, habiendo tenido lugar en ella un tumulto el día del Córpus en los momentos mismos en que se celebraba la procesion, pudiendo Junot conocer con esto lo inútil que le habia sido igualmente aliarse con algunos eclesiásticos del capitulo patriarcal para anatematizar el desórden, declarando crimen de *excomunion mayor* el hecho de insubordinarse contra los franceses. No es de nuestro objeto ocuparnos detalladamente en todos y cada uno de los sucesos que acompañaron al primer arranque del levantamiento portugués, bastándonos manifestar que el gefe de las armas imperiales en aquel territorio se vió precisado á concentrar sus tropas en Lisboa, no habiendo sido venturoso por la parte del norte en sus tentativas contra la junta de Oporto, y habiéndose dejado seducir por las apariencias de sumision que creyó notar en el Alentejo. Sabiendo, empero, que esta última provincia habia vuelto á rebelarse no bien salió de ella el general Kellermann, determinó volver á someterla, olvidando toda clase de consideraciones, y obrando con tanta mas energía, cuanto la circunstancia de estar apoyada la rebelion por los españoles, haciale temer un conflicto si estos vengian, teniendo probablemente que luchar Junot muy en breve con los ingleses que amenazaban desembarcar de un momento á otro.

La junta del Alentejo habia fijado su asiento en Évora, la primera ciudad de Portugal despues de Lisboa y Oporto. Nuestra junta de Estremadura le habia enviado un pequeño cuerpo al mando de D. Federico Moretti, quien contribuyó al al-

zamiento de toda la provincia con extraordinaria actividad. Junot hizo pasar el Tajo el día 23 de julio al general Loison, haciéndole desamparar la Beira y llevar consigo 8,000 hombres, los cuales caminaron con alguna lentitud, llegando el 29 á la vista de Évora. Mandados los portugueses por su general Leite, y los españoles por el referido Moretti, componian un cuerpo de 4 á 5,000 hombres, de nueva formacion casi todos y malísimamente armados, y esperaron al enemigo formados en batalla en las alturas á 800 toesas delante de la ciudad. Loison tuvo muy poco que hacer para dispersar completamente aquella aglomeracion de reclutas, los cuales fueron rechazados con pérdida de siete cañones de los doce que consigo tenían. Los fugitivos tomaron en su mayor parte el camino de España con Leite á su cabeza, dirigiéndose el resto á la ciudad con Moretti y el sargento mayor D. Antonio Maria Gallego. Uno y otro disputaron al enemigo con furibundo arrojo las calles de la poblacion. La resistencia de esta fué grande; pero tuvo al fin que ceder despues de haber perdido mas de 2,000 hombres en una y en otra jornada. Gallego quedó prisionero, pero Moretti pudo libertarse de igual suerte, dirigiéndose á Estremadura con el resto de su tropa. Los franceses no perdieron sino 300 hombres entre muertos y heridos, y sin embargo entregaron la ciudad al mas horroroso saqueo, durando muchísimas horas el pillaje y la carnicería. El arzobispo Frere Manuel Do Cenanos, que habia autorizado y sancionado el levantamiento, pidió merced y gracia al vencedor, cuya cólera consiguió apaciguar, tanto por lo que decia relacion al pueblo como respectivamente á si mismo. Loison, despues de echarle en cara su porte, le perdonó la parte que en la insurreccion habia tenido, y poniendo fin al estrago, confióle la administracion de la ciudad.

La noticia del saco de Évora llenó de terror á Lisboa, cuyos habitantes, sin distincion de clases, se apresuraron á abandonar la capital. Asustado el duque de Abrantes con aquella emigracion contajiosa, procuró atajarla prohibiendo á los moradores salir de la ciudad sin su autorizacion. No consiguiendo con esto el fruto que se prometia, decretó contra los fugitivos la confiscacion de bienes y el arresto de sus deudos, sino se restituian á la capital en el término que les prefijaba. Demas de eso ordenó á los habitantes de los pueblos y del campo entregar cuantas armas tuviesen; y cual si los fuegos artificiales usados con motivo de las fiestas fuesen igualmente temibles que los de cañon ó fusil, prohibió los cohetes, petardos y demas diversiones por el estilo. Mientras tanto se fortificaba en Lisboa y la abastecia de viveres, partiendo de la creencia que las demas campañas de los franceses en otros países de Europa les habian hecho abrazar, esto es, que asegurada la posesion de las capitales, era consecuencia precisa la sumision completa de los reinos.

Tantas precauciones probaban evidentemente el récelo con que miraba Junot la insurreccion de las provincias lusitanas, no teniendo sino 20,000 combatientes para someterlas. Despues de la infructuosa tentativa con que los moradores de la capital se habian propuesto el día del Córpus poner en conflicto al enemigo, hubo todavía mas de un esfuerzo para sublevar contra él aquella numerosa poblacion. El Domingo 24 de julio al salir los fieles de misa, presentóse á la puerta de una de las principales iglesias un patriota armado de pica y adornado de listas azules y rojas, con una cinta en el sombrero, en la cual se leia: *viva Portugal, viva el Príncipe regente nuestro señor*. La gente empezó á tumultuarse; pero disipados los grupos por una patrulla, fué cogido el autor del desórden, y entregado á una comision militar, le hizo esta pasar por las armas. El mismo día apareció en el altar mayor de la patriarcal un huevo, en cuya cáscara estaban escritas con vivos colores las palabras *mueran los franceses*. Llevado el huevo al cuartel general, hizo el duque de Abrantes reunir una gran multitud de otros, en los cuales mandó escribir con materia grasa estas otras palabras: *viva el emperador*, y los hizo meter en un ácido en presencia de varios portugueses. Al cabo de algunos minutos apareció en todos ellos la inscripcion favorable á la

Francia, y como el huevo de la patriarcal se habia atribuido á milagro, le opuso Junot esos otros como un contra-milagro patente, dando al hecho la mayor publicidad y haciendo colocar los tales huevos en el altar mayor de todas las iglesias de Lisboa. Se vé, pues, que el gefe enemigo, viendo combatida su causa por toda clase de medios, no desdeñaba ni aun los supersticiosos para darle importancia y valor. El pueblo portugués entretanto podia atribuir á arte diabólica los milagros que no eran de su gusto, y así fué juzgado en efecto ese juego de manos de Junot. Siéndole tan fácil á este lucirse refutando prodigios con nuevos portentos en contra, no alcanzó con su mucha habilidad á desmentir otras realidades, como eran las pésimas nuevas que respecto al ejército francés existente en España iban cundiendo por todo Portugal. La gaceta oficial de Lisboa publicaba las victorias sin cuento que los imperiales obtenian en Zaragoza, en Valencia y en Córdoba; pero los portugueses se atenian á los papeles españoles, y contestaban con ellos á Junot que Zaragoza estaba en pié, que Moncey se habia estrellado en los muros de la capital edetana, y que Dupont, en fin, y todo su ejército habian sido hechos prisioneros de guerra por los bravos de Reding y Castaños. Por la noche fijábanse en las esquinas de la capital multitud de pasquines de mal agüero, los cuales desmentian las patrañas que inventaba el duque de Abrantes, y acababan segun costumbre por escitar al pueblo á la rebelion. Una junta de hidalgos, de militares de graduacion superior, de miembros distinguidos de ambos cleros, de comerciantes y otras varias clases, dirigia en secreto los trabajos para hacer estallar el grito de insurreccion en las calles de la capital, cuando hubiera mas probalidades de éxito que en las tentativas anteriores, y esa junta, con el titulo de Consejo conservador de Lisboa, era generalmente la autora de los tales pasquines. Tal era la disposicion de los ánimos y tal el semblante que presentaban las cosas en Portugal, cuando el 29 de julio llegó á la bahía de Mondego una flota numerosa de barcos de transporte, que, segun sus maniobras y señales, parecia prepararse á echar en tierra la gente que consigo traia. Esa gente era un ejército inglés.

En efecto: la Gran Bretaña, que con tan delirante júbilo habia recibido las noticias de la insurreccion española, no se descuidó en esplotar aquel felicísimo accidente. Los diputados de nuestras juntas populares habian, como tenemos dicho, impetrado los auxilios de aquella poderosa nacion; pero limitándose en un principio á los de armas, vestuario y metálico, esquivaron con tanta prevision como bien entendido patriotismo admitir envios de tropas. A nuestro modo de ver, ni aun los otros eran imprescindiblemente necesarios. El gobierno inglés, á pesar de la primera repulsa, empenóse en darnos soldados; pero los diputados de Galicia y Asturias, sin rechazar abiertamente la oferta, contestaron á aquel que si juzgaba conveniente insistir, podia dirigir sus ejércitos á las costas de Portugal mejor que no á las de España, dado que esta reportaria siempre el beneficio de impedir á Junot que prevaleciendo en aquella parte de la Peninsula cayese de rechazo sobre nosotros. Conforme el ministerio inglés con este pensamiento, dió una de sus escuadras, preparada con anterioridad á darse á la vela para América, orden de tomar otro rumbo, dirigiéndose inmediatamente á las costas de Portugal bajo el mando de sir Arturo Wellesley, tan célebre despues con el nombre de duque de Wellington. En aquella fecha tenia sir Arturo 40 años de edad, y era tenido entre sus compatriotas por hombre activo, resuelto y prudente, siendo igualmente favorable el concepto que gozaba como militar. Los principios de su carrera tuvieron lugar en Holanda, y á continuacion en la India bajo el mando de su hermano el marqués de Wellesley, gobernador de aquellas regiones. Distinguióse allí por su valor y pericia, y habiéndose restituido á Inglaterra en 1805, hizo parte del ministerio en calidad de secretario de Estado de Irlanda, perteneciendo al sistema de gobierno de Pitt en toda su exageracion é inflexibilidad. Encargado mas adelante de la expedicion mandada por el gobierno inglés contra Copenhague, hizose notable al frente de una brigada, siendo promovido despues de aquella corta campaña al grado de teniente general.

Al confiarle ahora el gobierno inglés la expedición contra Junot, puso á sus órdenes 9,000 hombres, los cuales se dieron á la vela en Cork el 12 de julio, llegando á la Coruña el día 20, en los momentos en que Cuesta y Blake acababan de ser batidos en la desastrosa jornada de Rioscco. Wellesley reiteró á la junta de Galicia la oferta hecha anteriormente por el gobierno británico de asistir con sus tropas á los españoles; pero habiéndole aquella corporación contestado en los mismos términos que antes, aconsejándole el desembarco en Portugal, continuó sir Arturo su ruta, deteniéndose delante de Oporto, donde conferenció con el obispo y con la gente principal de aquella ciudad. Prometiéronle los de Oporto secundar los esfuerzos de las tropas británicas con la cooperación de un ejército portugués, y suministrarle demas de eso abundante provision de viveres con los correspondientes medios de transporte. Wellesley, convenido en esto, determinó desembarcar en la bahía de Mondego, punto el mas acomodado, tanto por la buena cualidad del fondeadero, como por la indole de las operaciones militares que debian seguirse. El desembarco no ofreció dificultad por parte de los franceses, puesto que el almirante sir Carlos Cotton habia muy previsoramente hecho anteriormente ocupar el fuerte Figueira por una guarnicion de tropas de marina. Hallándose este gefe á la sazón delante de la barra de Lisboa, mandando el crucero inglés que se hallaba de observacion en aquellas aguas, marchó allá Wellesley á ponerse de acuerdo con él para las operaciones de la guerra. El general Spencer, á quien hemos visto desembarcar en el puerto de Santa Maria, recibió orden de darse á la vela para Figueira, mientras ocho batallones reunidos en Ramsgate, bajo las órdenes del brigadier general Anstruther, cinco que el general Acland mandaba en Harwick, y 11,000 hombres que acababan de llegar del Báltico á las órdenes de sir John Moore, debian reunirse tambien á las expediciones anteriores. Con estas fuerzas y algunos batallones de refuerzo que se esperaban de Gibraltar y de las islas de la Madera, debia el ejército inglés de Portugal componer un total de 53,000 hombres, comprendiendo en ellos la artillería y 1800 caballos. Como Wellesley era el último teniente general del ejército inglés en la lista de aquella nacion, no podia conservar el mando en gefe de tantos cuerpos reunidos, el cual fué conferido al gobernador de Gibraltar, Sir Hew Dalrymple, á quien se consideró como el mas á propósito para ejercerlo, en consideracion á las buenas relaciones que le unian á las autoridades españolas. El teniente general sir Harri Burrard, uno de los gefes de la desgraciada expedicion de Ostende en 1798, fué nombrado segundo del ejército. Quedó, pues, Wellesley en un rango harto inferior al que acababa de traer embarcándose en Cork en cualidad de general en gefe, y esa mudanza le fué tanto mas sensible cuanto sus ilusiones todas se cifraban entonces en acreditar su mando y sus disposiciones militares combatiendo al coloso de Europa.

Sir Arturo, en medio de todo eso, tenia orden de continuar sus disposiciones mientras venia el general Dalrymple. Apresuróse, pues, á poner su gente en tierra á fin de aprovechar, si le era posible, la ocasion de brillar en primer término antes que el gobernador de Gibraltar se encargase del mando. El desembarco ofreció alguna dificultad por razon del viento y del oleaje; pero vencido totalmente con alguna pérdida el día 5 de agosto, y habiendo Spencer desembarcado tambien por su parte en Lavoos, pusieronse ambos generales de acuerdo y emprendieron el 9 la marcha con direccion á Lisboa. Las fuerzas británicas reunidas ascendian á 13,300 infantes, 200 caballos y 18 piezas de artillería. El 10 y el 11 llegaron sucesivamente á Leiria, á cuyo punto arribó tambien el día siguiente, viniendo de Coimbra por Pombal, el ejército portugués compuesto de 6 á 7000 infantes y 600 caballos, al mando del general de la misma nacion Bernardino Freire. Estas últimas tropas carecian en su mayor parte de fusiles, y Wellesley se los proporcionó. Habíase el 7 decidido entre los gefes ingleses y portugueses que los ejércitos de ambas naciones marcharian directamente sobre la capital; pero habiéndose tenido noticia de que Loison habia dejado el Alentejo y entrado en Tomar, temió Freire dejar en descubierto á Coimbra, y se resolvió á no alejarse de Leiria mien-

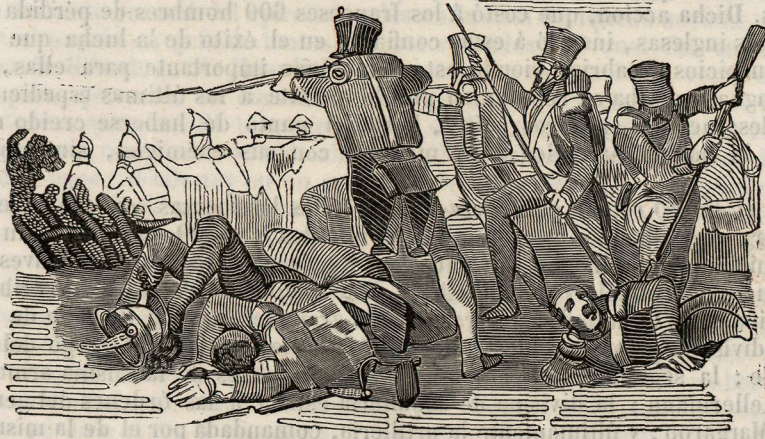
tras los franceses no tomáran otro rumbo. Wellesley recibió de su aliado 1400 infantes y 260 caballos que incorporó á su ejército, y continuó su camino por la parte mas próxima al mar, á fin de recibir en tiempo oportuno los viveres de su flota, llegando el 13 á Calvaria, el 14 á Alcobaza, y á Caldas el 15.

La posicion de Junot era critica. Al desembarcar los ingleses, tenia diseminadas sus tropas; y siéndole preciso reunir las, mandó á Loison, que recorria el Alentejo, dirigirse á la Beira, flanqueando la izquierda del enemigo, y ordenó á Kellermann saliese de Lisboa el 11 á dispersar las partidas de paisanos que con el título de ordenanzas estaban reunidas en Alcázar de Sal, formando una masa numerosa, alentada por la presencia del crucero inglés estacionado delante de Setubal. Kellermann dispersó á los patriotas, y entrando en Setubal á continuacion, arruinó su fuerte, baterías y almacenes, estableciéndose en seguida con sus tropas en las alturas de Almada. En la embocadura del Tajo existia una escuadra rusa, comandada por el almirante Siniavin. Junot se habia anteriormente empeñado sin fruto en conquistar el apoyo de este gefe á favor de la causa francesa. Amenazado ahora por los ingleses, reiteró sus peticiones, manifestando al almirante que era en él un deber combatir á los soldados británicos con quien la Rusia estaba en guerra. Siniavin persistió en su negativa, y rechazando cuantas proposiciones le fueron hechas, declaró que mientras los ingleses no acometiesen el puerto, estaba decidido á no tomar parte en la lucha. Quedó, pues, Junot abandonado á si mismo, no pudiendo contar con recursos estraños para contrarestar al enemigo. Viendo á este avanzar hácia él, parecióle indigno de su nombradía continuar encerrado en Lisboa; y dejando esta ciudad encargada al prudente y bien quisto Travot, determinó salir al campo á medirse con las fuerzas británicas. Delaborde, encargado de observar y contener á los ingleses durante su marcha, á fin de dar tiempo á que se reunieran en los puntos convenidos las tropas francesas dispersas, habia sido derrotado en Roliza el 17 por las tropas de Wellesley, que en la madrugada de dicho dia habia salido de Caldas. Dicha accion, que costó á los franceses 600 hombres de pérdida, y 500 á las tropas inglesas, inspiró á estas confianza en el éxito de la lucha que con tan buenos auspicios se abria, siendo esto tanto mas importante para ellas, cuanto mas amenguada estaba su reputacion por lo tocante á las últimas expediciones de tierra, desgraciadas en otros paises, hasta el punto de haberse creido no ser á propósito la nacion británica para medirse con sus enemigos, sino solamente por mar.

Junot el dia 20 reunió en Torres-Vedras todas las fuerzas con que le era posible contar, ascendiendo estas á 12,000 infantes y 4500 caballos, sin incluir las guarniciones que habian quedado en los fuertes de Lisboa, Yelves, Peniche, Almeida, Palmela y Santa Elena. Este pequeño ejército fué distribuido en dos divisiones de infanteria, una reserva de granaderos y una division de caballeria. La division primera, fuerte de 5200 infantes, estaba al cargo del general Delaborde; la segunda, que ascendia á 2700 hombres de la misma arma, mandábala Kellermann; la division de caballeria estaba á las órdenes del general de brigada Margarón; y últimamente la artilleria, comandada por el de la misma clase Taviel, consistia en 26 piezas repartidas en tres secciones, á saber: 8 cañones en la primera division á las órdenes del coronel Prost, otros 8 en la segunda á las del coronel d' Aboville, y 10 en la reserva á las de el entonces tambien coronel y mas adelante general Foy, el ilustre escritor y dignísima notabilidad á quien tantas veces nos hemos referido en el discurso de esta obra.

Los ingleses eran dos contra uno, dice este, comparados con los franceses. Los 500 hombres que habian perdido en Roliza entre muertos, heridos y prisioneros, acababan de ser reemplazados con aumento considerable por un refuerzo de 4200 hombres traídos el dia 20 por los brigadieres generales Anstruther y Acland. Demas de esto, sir John Moore se aproximaba tambien con los 14,000 hombres anunciados, y con esto el ejército inglés no era inferior al de los franceses, sino tan solo en la caballeria, compuesta de 200 caballos de su nacion y otros tantos por-

tugueses. Wellesley, deseoso de proteger el desembarco de las tropas de Anstruther y Acland, habia avanzado hasta Vimeiro, y se disponia á marchar por el camino estrecho y peñasco de Mafra, el que estendiéndose por espacio de seis leguas paralelamente á una costa escarpada, forma una serie de desfiladeros, en los cuales no le hubiera sido posible formar sus tropas en batalla, caso de que los franceses, apercibidos de aquel movimiento, hubieran determinado atacarle. Dadas estaban ya las órdenes para emprender en la madrugada del 21 aquella marcha aventurera, cuando desembarcando en Maceira el teniente general sir Harry Burrard, nombrado segundo de Dalrymple, fuéle preciso á Wellesley suspender su movimiento y avistarse á bordo con el nuevo general. Este desaprobó la tentativa de su subordinado, juzgando espuesto el plan á graves inconvenientes, y no creyendo por otra parte tan urgente la necesidad de obrar, mientras no se les uniese Moore con los 41,000 que traia. Dióse, pues, orden á este para que desembarcase en Maceira, y sir Arturo, mal su grado, se vió precisado á permanecer inactivo en la posicion de Vimeiro. Su inercia, sin embargo, duró poco, puesto que no queriendo Junot dar lugar á que las tropas británicas se engrosasen con el considerable refuerzo que esperaban, determinó atacar á Wellesley, saliendo de Torres-Vedras en la noche del 20. Trabada la batalla el 21 por la mañana, desplegaron los franceses en ella un valor que rayó en desesperado; pero inferiores en número á sus enemigos, y resistidos con inteligencia por Wellesley, pronunciáronse en retirada despues de tres horas de furiosa pelea, con pérdida de 4800 hombres y 45 piezas de artilleria. El general Solignac y el coronel Foy



BATALLA DE VIMEIRO.

fueron heridos, y lo mismo el general Brenier, que ademas quedó prisionero. La pérdida de los ingleses ascendió solamente á 300 hombres entre muertos y heridos, siendo por consiguiente considerablemente inferior á la de sus contrarios, atendido el número respectivo de fuerzas con que uno y otro campo contaban. Los insulares podian con aquel resultado aprovechar la ocasion de destrozarse completamente á los imperiales, y así pensaba hacerlo Wellesley; pero Burrard, que habia llegado al campo cuando ya estaba empeñada la accion, y la habia dejado terminar,

no quiso consentirle que persiguiese al enemigo despues de conseguida la victoria, conducta que con razon fué censurada de envidia y rivalidad respecto á su compañero. El ejército francés se retiró con orden y sin ser molestado á Torres-Vedras el mismo 24 por la tarde.

En la mañana del dia siguiente reunió Junot en consejo de guerra á los generales de division Delaborde, Loison y Kellermann; al general de brigada Thiebault, gefe del estado mayor general; al de la misma clase Taviel, gefe de la artilleria; al coronel Vicent, comandante de ingenieros, y al comisario ordenador en gefe Troussel, y les manifestó la critica situacion en que se hallaba el ejército. Este habia combatido la vispera, mas bien por llenar su deber, que no por confiar en la victoria.

El de los ingleses mientras tanto esperaba refuerzos numerosos, los cuales iban á doblar el número de sus combatientes. Otras noticias anunciaban que el ejército portugués comandado por Freire habia llegado á Obidos; que el cuerpo de Bacellar bajaba por la orilla del Tajo, y que el paisanaje de la Beira se habia apoderado de Ábrantes. Las nuevas de Lisboa, cuyo sosten estaba encomendado á una guarnicion harto débil, eran alarmantes tambien. En circunstancias como aquellas, ¿debía el ejército francés tentar nuevamente la suerte de las armas? Caso de ser así, ¿cómo debía hacerlo? Si no lo era, ¿qué partido podia adoptarse? La opinion del consejo fué unánime sobre las tres cuestiones propuestas, conviniendo todos sus individuos en que el ejército habia hecho por su honra cuanto se le podia pedir. La defensiva era imposible, y empeñarse en dar una nueva batalla era conducir los soldados á una muerte segura. No habiendo por otra parte en Lisboa ni en ninguna otra parte de Portugal puntos fuertes que estuviesen dispuestos y provisionados en términos de poder los franceses esperar en ellos los tardios socorros que pudieran venirles de Francia, el único partido que les quedaba era la evacuacion de Portugal. ¿Pero cómo se hacia esa salida? Atravesar la España para unirse al ejército de José en la orilla izquierda del Ebro, ofrecia peligros terribles y muy pocas probabilidades de éxito. ¿Por qué, pues, no ensayar un tratado con los ingleses basado sobre la condicion de dejar al ejército francés en libertad de trasladarse á Francia, otorgándoles este en cambio la posesion de Lisboa con las demas plazas que ocupaba en Portugal? Esta proposicion pareció al consejo la mas digna de adoptarse entre todas, y mientras el ejército vencido se dirigia á Lisboa á fin de cubrir aquel punto, encargóse al general Kellermann partiese sin demora al cuartel general inglés para entablar la negociacion.

Kellermann, que á su nombre europeo como hombre de guerra unia cuantas dotes podian apetecerse bajo el punto de vista diplomático, aprovechó con sagacidad todas las circunstancias que pudo presentar como favorables á la mision de que estaba encargado, suponiendo en los franceses energia y recursos, y pintando á la escuadra rusa anclada en el puerto de Lisboa como decididamente dispuesta á socorrerlos en caso de apuro. Despues de algunas horas de discusion con Dalrymple, que acababa de desembarcar, encargándose del mando en gefe, alcanzó Kellermann un armisticio, cuyas principales condiciones eran las tres siguientes: 1.^a que el ejército francés evacuaria á Portugal, debiendo ser transportado á Francia con toda su artilleria, armas y bagajes, por los buques británicos; 2.^a que los portugueses y los franceses establecidos en Portugal no serian molestados por su conducta política, pudiendo evacuar el pais en un plazo determinado, con todo lo que les perteneciese, los que de ellos quisieran hacerlo; 3.^a que la escuadra rusa quedaria en el puerto de Lisboa considerada como neutral, pudiendo salir de él cuando quisiera, sin que se la molestase ó persiguiese hasta que fuera pasado el término fijado por las leyes marítimas.

Estas condiciones debian servir de base á un convenio definitivo, el cual debía llevarse á cabo por los generales en gefe de los dos ejércitos junto con el almirante de la armada británica, debiendo haber suspension de armas hasta la conclusion del tratado, siendo el Sizandro la línea divisoria de ambos campamentos, y no pudiendo pasar de Leiria y Tomar los portugueses armados. Caso de haberse de rom-